

Sobre esto y aquello

La congelación fue un truco

EN 1968 SE REDUJO EL DÉFICIT FISCAL, PERO HABÍA QUE ACTUAR SOBRE LAS EXPECTATIVAS: CONVENCER SÚBITAMENTE A

LA GENTE DE QUE LAS COSAS DE VERAS HABÍAN CAMBIADO

Por Ramón Díaz

Lo primero que hay que entender acerca de los acontecimientos económicos de fines de junio de 1968 es el ambiente sociopolítico en el cual se desarrollaron. El incendio inflacionario estaba fuera de control y transmitía su temperatura a la inquietud social. En 1967 la inflación había sido del 136%; en los primeros seis meses de 1968 rondaba el 240% (tasa anualizada). La tremenda aceleración de la suba de precios se devoraba los aumentos salariales. Menudeaban las huelgas en procura de contrarrestar aquella vertiginosa pérdida de poder adquisitivo, y la idea de que, no importa cuán elevados fueran los aumentos, pronto resultarían insuficientes propagaba alarma e inseguridad en los hogares obreros.

Recuérdese además que el junio uruguayo caía al lado del mayo francés, sobre cuya explosión obrero estudiantil *El Observador del Fin de Semana* no ha mucho refrescó la memoria del público. La idea de la revolución, en aquel tiempo, flotaba en el aire. Nuestra patria pareció a muchos una candidata natural a dar a luz

meses fue de aproximadamente 4%. Naturalmente, la culpa no fue del profesor Faraone, sino, en primer lugar, de la mala fortuna en cuanto a la ocasión en que le hicieron hablar y, en segundo lugar, de la desorientación intelectual en que le precipitó la teoría estructuralista de la inflación, en la cual basó su pronóstico; pero sin que tampoco él fuese responsable por ella, ya que había sido CEPAL, su inventora, la que por años la había promovido.

Pero, ¿cómo fue que una conflagración portentosa pudo apagarse apenas echándole un balde de agua encima? Para contestar esta pregunta hay que consignar algunos hechos de nuestra historia económica reciente, así como decir dos palabras de teoría económica sobre la estrategia apropiada en caso de grandes inflaciones.

Lo primero, muy brevemente. Nuestra inflación se originó, y fue impulsada, por graves errores de política monetaria propiamente dicha, y no por una política monetaria corrompida por el déficit fiscal, como suele ocurrir. Pero a partir del desastroso presupuesto de 1962 volvimos a la normalidad, en el sentido de que la inflación pasó a ser propulsada por el déficit de la Tesorería, como ocurre en general en todo el mundo. En 1967 el déficit y la inflación se dispararon, mientras se recurría a controles directos sobre el tipo de cambio y las importaciones para postergar la inevitable devaluación. Esta se consumó por fin en noviembre de aquel año, con lo que los precios subieron pero el déficit se redujo, al caer los salarios reales de los empleados públicos (que es el principal efecto que se busca con todas las devaluaciones). Pese a su drasticidad, la medida no alcanzó a restablecer la confianza del público, y las reservas internacionales del recientemente fundado Banco Central siguieron cayendo, en razón de lo cual el gobierno devaluó nuevamente a principios de abril, esa vez 25%, con lo que volvió a rebajarse el salario real de los funcionarios y a reducirse aún más el desbalance de las cuentas públicas.

De modo que cuando el presidente Pacheco, que había asumido poco antes por el deceso del general Gestido, recompuso su gabinete en el mismo mes de abril, el nuevo equipo heredó una cosa buena y una mala. La buena era que el déficit había bajado y no había necesidad de emitir para pagar el presupuesto. La mala, que las expectativas eran de una inflación en aceleración permanente, en gran parte alimentada por el espectáculo de una espiral diabólica de precios y salarios.

Dentro de ese esquema, las expectativas operaban en la dirección de deprimir la demanda por pesos (el público hufa del dinero nacional), lo que tiene exactamente el mismo efecto que un aumento de la emisión. En suma, la inflación es causada por un excedente de la oferta de dinero por sobre la demanda, y en las grandes inflaciones suele acontecer que la caída de la demanda llegue a ser el factor más importante.

Ahora vayamos a la pregunta teórica: ¿Cómo se cortan las grandes inflaciones? La respuesta es sencilla: siempre igual, se reduce el déficit y se cambian bruscamente las expectativas. Lo esencial, porque el déficit hay que reducirlo siempre, está del lado de las expectativas. Las inflaciones medias y pequeñas admiten que las expectativas se adap-

ten gradualmente a la caída del déficit y a la misma deceleración de la suba de precios. Es decir: la gente espera que la inflación baje porque ya venía bajando, y porque el motor que la impulsaba venía reduciendo sus revoluciones (expectativas endógenas). En las grandes inflaciones no hay tiempo para ello, y es imperativo actuar directamente sobre las expectativas (expectativas exógenas). En Argentina la ley fijó el tipo de cambio y prohibió que el Banco Central le prestara al gobierno ("convertibilidad"); en Alemania en 1923 introdujeron una nueva moneda, el Rentenmark, que valía un billón (12 ceros) de veces más que la anterior, y tenía la misma paridad con el dólar que el Reichsmark había tenido en 1914. Todas estas estrategias tienen un ingrediente de truco ilusionista, para que la gente se convenza súbitamente de que las cosas de veras esta vez han cambiado.

El gobierno uruguayo se encon-

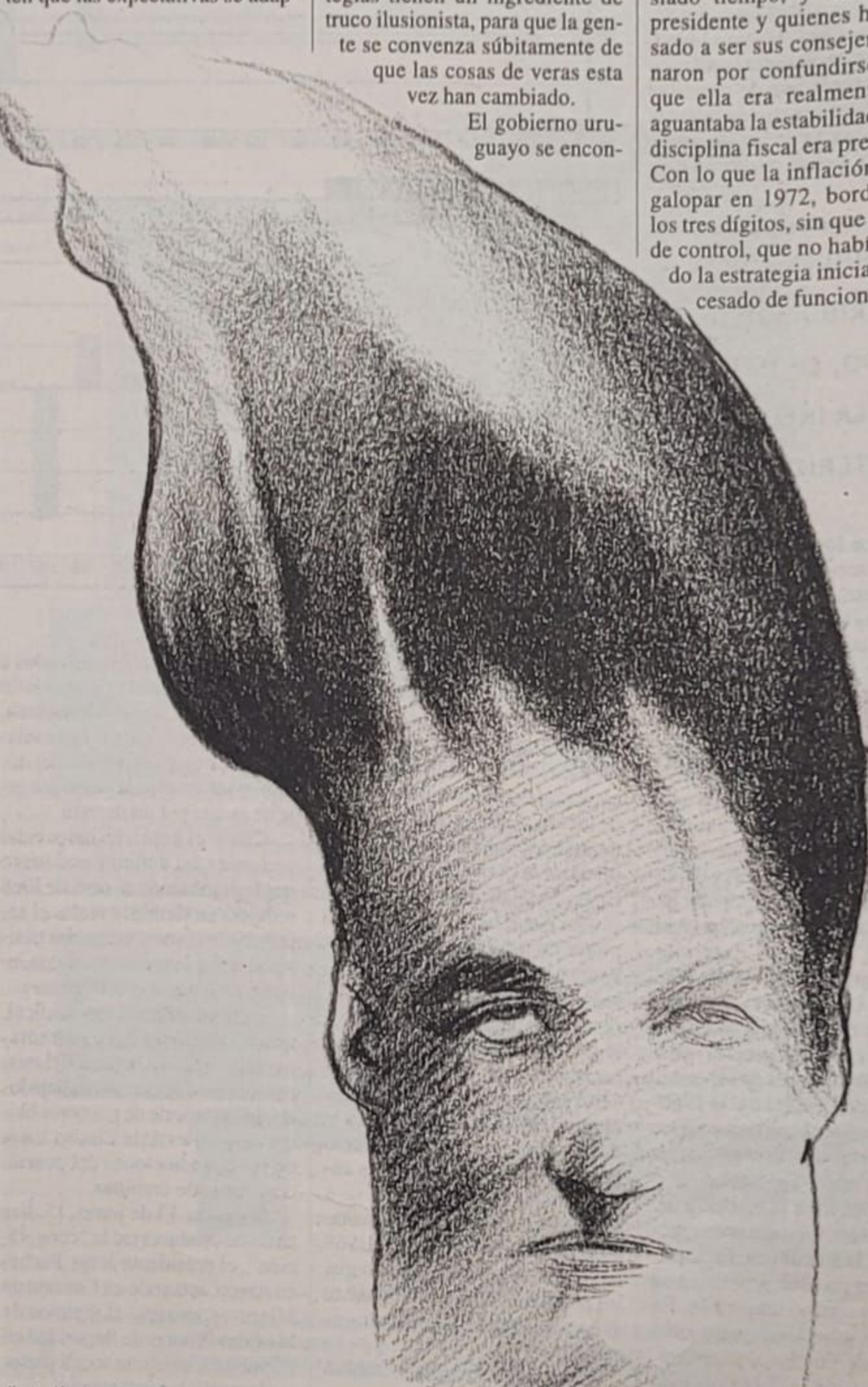
tró en junio de 1968 con que el déficit ya se había corregido pero que las expectativas ni se habían adaptado, ni —en el ambiente de caos social que dominaba— llevaban miras de hacerlo. De ahí que se necesitase un truco: la congelación de precios y salarios desempeñó ese papel. La idea resultó parcialmente buena y parcialmente mala. Buena, porque fue eficaz, debido, sobre todo, a que nunca antes se había intentado topear los salarios. De hecho, dentro del gobierno predominaba la idea de que la estrategia era demasiado osada y fracasaría, pero el público la interpretó como una quema de naves y creyó en ella. Mala, al mismo tiempo, porque se prestó a confusión. Esta segunda parte consistió en que la congelación se mantuvo demasiado tiempo, y finalmente el presidente y quienes habían pasado a ser sus consejeros terminaron por confundirse y creer que ella era realmente la que aguantaba la estabilidad, y que la disciplina fiscal era prescindible. Con lo que la inflación volvió a galopar en 1972, bordeando ya los tres dígitos, sin que el aparato de control, que no había integrado la estrategia inicial, hubiese cesado de funcionar.

SÓLO PARECÍA
CONTROLABLE CON
UNA REVOLUCIÓN,
PERO ACABÓ CON UN
SIMPLE DECRETO

una de ellas. Procuraré transmitir el clima que regía en aquel turbulento junio con un breve pasaje tomado de una conferencia que un historiador compatriota, Roque Faraone, pronunció en Mercedes el 16 de dichos mes y año. Luego de recalcar que el potro de la carestía se había desbocado, agregaba: "...no hay fuerza humana que pueda detener el proceso, salvo una revolución que estallara dentro de 24 horas. Una revolución que cambiara las bases económicas y políticas del país dentro de 24 horas, que actuando de aquí hasta diciembre pudiera cambiar el rumbo de la historia. Sino, no hay fuerzas humanas que lo puedan hacer".

Esta resultó una de las profecías más erradas de la historia, porque no fue necesaria una revolución, ni esperar hasta diciembre, sino apenas un decreto dictado 12 días después, para que la inflación cayera verticalmente: en efecto, en la segunda mitad de 1968 la mitad de los meses acusó bajas del IPC, y la tasa anualizada a través de los seis

Ilustración: Horacio Guerriero



Hogue